

que con él han de tener para hacerse obedecer; siendo indispensable al efecto separar al niño de sus hermanos y compañeros, porque si no sería imposible tenerle callado, y haciendo que no se comunique con él más que el individuo de la familia encargado de enseñarle, que será el de hablar más reposado, pero de ninguna manera los de pronunciación acelerada, porque los niños se dejan influir por el ejemplo en un grado verdaderamente admirable.

Suponiendo que la respiración fuera algo irregular, se comenzará por enseñar al niño á que haga con la debida calma la inspiración y la espiración, dedicando á eso uno ó dos días. Después se combinará esta gimnasia respiratoria con la emisión de sonidos simples, pero dándoles timbre musical, es decir, haciendo cantar al niño primero la a, y sucesivamente las demás vocales, pero sin aceleramiento ninguno y cuidando que no se perturbe lo más mínimo durante el canto el ritmo respiratorio, el cual, fíjese el lector, ha de conservar constantemente durante todo el aprendizaje una completa normalidad, pues eso demostrará que no se produce espasmo alguno muscular.

Luego se hace cantar al niño sílabas claramente vocalizadas y con lentitud, es decir, que no ha de pronunciar más que una sílaba en cada espiración; y más tarde irá paulatinamente pronunciando dos, tres y más sílabas en una misma espiración, pero siempre cantando y con completa claridad. Cuando lleve algunos días haciendo este ejercicio vocalizando con limpieza, empezará á hablar en alta voz, al principio sólo monosílabos y después palabras cortas, y silabeando con fuerza y terminancia, de modo que entre sílaba y sílaba haya un corto silencio, por ejemplo: pa, pa; ma, ma; si, se, ñor; a, gu, a; qui, e, ro, pan; etcétera, etc.; y así se seguirá *con un rigor implacable, no por lo áspero, sino por lo intransigente*, pues desde el momento en que se consintiera al niño pronunciar dos sílabas atropelladamente, recuperaba su defectuosa manera de hablar; teniendo bien entendido que no pasará el niño al ejercicio inmediato superior sin que realice con soltura y satisfactoriamente el en que se encuentra.

Nada de decir: este ejercicio aún le efectúa algo defectuosamente, pero con los sucesivos acabará de perfeccionarse; no, porque ocurriría precisamente lo contrario, ó sea, que una vez iniciado el farfalleo *recuperaría indefectiblemente* en más ó en menos, y de prisa ó despacio, su antigua tartamudez; mientras no domine cada uno de los ejercicios, no se pasa al segundo.

Necesitan los padres una gran dosis de reflexión y la convicción in-

tima de la bondad y necesidad del procedimiento curativo, para que tengan la necesaria constancia y el indispensable rigor, pero rigor dulce, cariñoso, para no consentir que el niño se desvíe ni un ápice de la pauta educativa que aconsejo.

Si estando en un ejercicio algo adelantado se observara que el niño por cualquier circunstancia comienza á pronunciar de una manera borrosa, se le vuelve al primer ejercicio, para que recorra de nuevo sucesivamente todos los demás.

Cuando ya vocalice bien, se le hará leer en alta voz y silabeando con claridad, como los niños pequeños en las escuelas; y por último se le permitirá comenzar á hablar natural, es decir, sin cantar ni en alta voz, sino con la voz ordinaria, pero vocalizando distintamente, como si se expresara con énfasis ó con un tono sentencioso.

La total duración de la enseñanza varía en cada caso, según la intensidad de la tartamudez y la adaptabilidad del niño á los preceptos que acabo de formular; pero de ordinario tendrá que prolongarse varios meses, porque hay que tener muy presente que es preciso desarraigar un mal hábito y establecer otro nuevo. El tiempo que duren los primeros rudimentos de la enseñanza, es decir, los en que no se permite hablar al niño, se le distraerá con paseos, con juguetes y con lecturas, pero cuidando mucho el que lea de hacerlo vocalizando distinta, lenta y claramente, para que el niño respire constantemente una atmósfera de lenguaje reposado, con el fin de que llegue hasta olvidar completamente su antiguo nervosismo.

Aconsejo, por último, que no se abandone por completo la educación del niño así que ya esté curado, sino que se vigile durante mucho tiempo su pronunciación, haciéndole hablar despacio y claro, y leer de igual manera todos los días algunos ratos para evitar facilísimas recidivas.

Yo no sé si alguno de los métodos especiales que se han ideado para combatir la tartamudez será parecido á este que propongo; pero sí diré que no los conozco, y que éste le he formulado inspirándome exclusivamente en lo que según mi propio entender debe constituir el procedimiento curativo de este inconvenientísimo defecto.

Fatiga cerebral.

Comprendo bajo la denominación de *fatiga cerebral* á las perturbaciones orgánicas ocasionadas por los trabajos mentales excesivos. No constituye una enfermedad definida, sino un conjunto de estados mor-

bosos unificados en la causa, que es el solo lazo de unión que entre ellos existe; estados morbosos que no he de estudiar aquí, porque lo hago en las diferentes partes de esta obra, donde se hallan repartidos — en las enfermedades del sistema nervioso, del aparato digestivo, etc. — En este capítulo me limitaré, por consiguiente, á algunas reflexiones generales que expresen mi opinión respecto de tan importante asunto.

Una de las causas morbosas de más radio de acción en la infancia y aun después de ella, en la clase media y elevada de la sociedad, son los estudios excesivos.

Los Gobiernos, siquiera se preocupen de la salud pública dando para su conservación preceptos de aplicación general, especialmente de higiene de las poblaciones, no se cuidan tanto de la salud del individuo, sin duda porque esto incumbe casi por completo al individuo mismo. Pero hay un punto de trascendencia suma, que es la enseñanza, respecto de la cual los Gobiernos se inspiran únicamente en el ideal de la ciencia y del progreso, ideal sublime, es cierto, pero de una complejidad que exige meditemos acerca de él unos momentos, ya que está íntimamente relacionado con la salud de los niños.

Cuando el Gobierno forma un plan de estudios, no sé yo si toma en cuenta, en la proporción necesaria, lo que la actividad individual puede realizar *sin llegar al esfuerzo*; ó si, por el contrario, atento principalmente á las insatiabiles exigencias de un progreso cuya marcha es vertiginosa, amplifica cada vez más el cuadro de asignaturas, encasillándolas en cada curso como un mosaico para que el conjunto responda á lo que se dice exigen los modernos tiempos.

Además, el incesante agrandamiento de la ciencia aporta sin cesar á cada asignatura nuevos contingentes de materias á estudiar, por lo que las asignaturas son cada vez más *densas*, digámoslo así, y ofrece, por consiguiente, mayores dificultades cada día á los que las cultivan.

Por otra parte, las obras de texto, tal vez no todas se ajustan á las condiciones que deben reunir respecto de la extensión, de la sencillez y de la claridad, imponiendo á los niños reiterados esfuerzos intelectuales, que son causa abominadísima de procesos diversos.

El número de horas que se tiene á los niños diariamente en las escuelas primarias y en los Colegios de segunda enseñanza es excesivo, y en parte del año incompatible con el ejercicio al aire libre que el niño tanto necesita.

Y, por último, la asistencia de los niños á las escuelas en edad demasiado temprana constituye también una influencia nociva, porque se impone al cerebro un trabajo prematuro; esto aparte de la inacción que para los niños representa; de lo malsano que es un aire confinado que es el receptáculo común de las emanaciones de muchos organismos; y de los peligros de contagio que semejante convivencia representa.

En estas brevísimas consideraciones queda expuesta en sus rasgos fundamentales la etiología de la fatiga cerebral.

PATOGRAFÍA. — Como no se trata de una entidad morbosa determinada, no se puede presentar un cuadro sintomático, sino tan sólo ma-

nifestar en líneas generales la clase de alteraciones orgánicas que el estudio excesivo determina, y que podemos referir á dos grandes órdenes: deficiencia de desarrollo físico y enfermedades propiamente dichas.

El engrandecimiento orgánico obedece á múltiples causas, y entre ellas al género de vida que hacen los niños. Éstos, por el período evolutivo en que se hallan, necesitan verse libres de toda preocupación, para poder gozar de expansión y libertad en el ejercicio de todas sus funciones, condición precisa para que el desarrollo se efectúe con arreglo á las leyes que rigen la normalidad; y, por consiguiente, cuando se ven privados de este que podemos llamar *modificador negativo* de la infancia, el incremento orgánico es precario, con todos los atributos de una verdadera miseria fisiológica, que se exterioriza por palidez, piel desjugada, poco desarrollo muscular, escasa potencia funcional de los diferentes aparatos, y corta ó excesiva talla, pero en uno y otro caso de pequeños diámetros transversales y antero-posteriores, y en cambio un desarrollo intelectual exuberante, impropio de la edad de los niños. Es decir, existe un desequilibrio orgánico, por ruptura de la armónica proporcionalidad que deben guardar el crecimiento y el funcionalismo de los diferentes aparatos.

Las enfermedades propiamente dichas son numerosas. La más frecuente es un gasticismo pasivo, semilatente, que pasa muchos veces desapercibido para los padres bajo esa manifestación genérica de inapetencia, que suele ser un grito de impotencia orgánica que se expresa en la deficiencia funcional del aparato digestivo, y que á su vez es debida á exceso de trabajos intelectuales y al escaso ejercicio al aire libre. La patogenia de las alteraciones gástricas es en síntesis la siguiente: las causas que acabo de manifestar disminuyen las actividades gastro-intestinales; la digestión se efectúa perezosa é incompletamente, lo que da lugar á que permanezcan en el estómago restos alimenticios, quedando así establecida la saburra gástrica, que implica un principio de catarro de la mucosa, el cual se acentúa gradualmente por la persistencia de las causas.

Además de las alteraciones gástricas se presentan neurosis y procesos somáticos del sistema nervioso, debidos en parte á la debilidad que acarrea lo deficiente de la nutrición del niño, y en parte al estímulo desmedido que aquel sistema experimenta por lo excesivo de los trabajos intelectuales, así como la tuberculosis, que, como sabemos, reconoce como causa predisponente la debilidad orgánica.

TRATAMIENTO.—No he de ocuparme de las enfermedades que acabo de indicar, pues esto lo hago en el lugar correspondiente, siendo aquí mi único objeto estudiar su profilaxis, y eso sólo desde el punto de vista del exceso ó inoportunidad de los estudios, pero prescindiendo del vasto y complejo problema de la enseñanza, cuya dilucidación no es propia de este sitio; y aun como semejante estudio, aunque parcial, es por sí de gran horizonte, expondré mi opinión en breves palabras, remitiendo antes al lector á lo que en la Paidología dejo dicho relativamente á la edad en que los niños deben empezar á ir á la escuela y tiempo que diariamente deben permanecer en ella.

Lo primero que se debería hacer era simplificar los estudios en todos los órdenes, no en el sentido de disminuir su profundidad, sino por el contrario, aumentándola, pero reduciendo su extensión, de suerte que se adaptara la enseñanza á lo que podríamos denominar el *patrón profesional*, pues sólo así se llenarían cumplidamente dos indicaciones fundamentales: una de índole médica, que es el descargar al cerebro de una balumba de trabajo que le abruma; y otra social, que es la de adquirir cada uno mayor competencia en su respectiva carrera. Sería inútil tratar de demostrar la altísima trascendencia de ambos ideales, pues resalta por sí sola con la claridad de la evidencia.

El plan y régimen de estudios de la primera y segunda enseñanza —únicas á que me refiero, porque son la que exclusivamente se relacionan con la infancia, no porque á las demás las crea perfectas—, están muy necesitados de reformas inspiradas en un criterio calcado en la realidad, en el que resplandezca el siguiente principio: el niño debe aprender nada más lo que tenga el carácter de preciso ó de muy conveniente, pero aprenderlo bien. Y al efecto debería prescindirse de muchas materias que no ofrecen otra condición que la de simple utilidad, pues el horizonte de lo útil es inmenso, y en cambio el de la capacidad intelectual y el de la resistencia orgánica son muy limitados. Con el criterio de que abarque la enseñanza muchos conocimientos útiles, se circunscribe indefectiblemente el campo de los indispensables, con lo que resulta una ilustración más extensa, es verdad, pero muy superficial, y lo que es de gravedad suma, nociva para la salud por el esfuerzo intelectual que exige, é inevitablemente deficiente en lo relativo á los conocimientos profesionales intrínsecos.

Los libros de texto deberían ser de una sencillez de expresión *verdaderamente infantil* en la primera enseñanza, y de estilo muy sencillo también en la segunda, para que los niños *entendieran todo lo que*

estudian, y no abrumar á la memoria con una árida y laboriosísima asimilación, no de conceptos, pues no cabe concepto en lo ininteligible, sino de palabras desprovistas en muchas ocasiones para la inteligencia del niño de toda idea científica.

Descargada la enseñanza de materias superfluas, *cuyo destino fatal es un rápido y absoluto olvido*, se libraría al débil é impresionable cerebro de los niños de gran parte del trabajo que actualmente se le impone, podrían realizar éstos con intensidad mayor el estudio de lo verdaderamente necesario, y dedicar más tiempo *todos los días* al esparcimiento y al ejercicio al aire libre. Está muy extendido el impulso rutinario, no sólo en España, sino fuera de ella — lo que sería muy fácil demostrar si no considerara impropia de este lugar la amplia crítica de los planes de estudios nacionales y extranjeros—, y es preciso, por bien de la humanidad, representada en este caso por el desarrollo y la salud de los niños, que sea aquél sustituido por un espíritu esencialmente práctico, que atienda por igual á la conveniencia de los niños y al engrandecimiento de la ciencia, que se alcanzaría en mayor grado cuando éstos profundizaran más en el orden de conocimientos de su especial incumbencia. Pero mientras esto llega, si es que algún día este pensamiento ha de convertirse en realidad, suplan los médicos con sus consejos, y los padres con su reflexión y con su cariñoso interés, las lagunas de acierto que actualmente ofrecen el plan y el sistema de enseñanza; observen cuidadosamente la salud de sus hijos; busquen manera de que tomen el sol al aire libre en el invierno, y que en todas las estaciones hagan en el campo el debido ejercicio, utilizando para ello parte de las horas que en la actualidad pasan en los colegios, pues bien aprovechadas las restantes no se resentiría seguramente en lo más mínimo el resultado positivo de la enseñanza, y en cambio disminuiría la morbosidad y la mortalidad infantiles, y las venideras generaciones ofrecerían mayor vigor y una ilustración más sólida y provechosa.

Onanismo.

El *onanismo*, denominado también *mansturbación*, no constituye una enfermedad, pero produce muchas y algunas terribles, por lo que merece un estudio especial.

Este desastroso vicio es la plaga de los niños de cierta edad, no en todos los casos la misma, pues en ocasiones se observa en niños hasta